

# Blue Jeans

¿Sabes que te quiero?

# Nota de autor

Si has llegado hasta aquí, es señal de que has leído *Canciones para Paula*, así que me puedo permitir la licencia de soltar algún que otro *spoiler* de la primera parte. Fui yo quien le propuso a Everest escribir este segundo libro. Dejé el final de *CPP* abierto, con la presencia de aquel misterioso ratón Mickey en el epílogo, con esa intención. Es cierto que al escribirlo no tenía ni idea de si nos iba a ir tan bien como para poder publicar una continuación, pero me arriesgué y la editorial aceptó seguir con la serie.

En las Navidades del 2009, se agotó rápidamente en las librerías la primera edición de *Canciones para Paula*. Aquello creo que nos sorprendió a todos. Sabíamos que la comunidad que tenía en Internet era muy numerosa, pero no sospechábamos que tanta gente compraría la novela. Por aquel entonces estaba de moda la saga *Crepúsculo* y libros de ese estilo, por lo que hacerse un hueco en las estanterías, con nuestros corazoncitos rojos en la portada y una historia realista, no era sencillo. Sin embargo, lo conseguimos, con la única cubierta blanca de toda la literatura juvenil de la época.

Aunque suena a tópico, unas veces real y otros no, siempre se dice que las segundas partes nunca fueron buenas. El reto con *¿Sabes que te quiero?* consistía en que no se cum-

pliera el refrán y continuar creciendo en todos los aspectos: como autor, como marca, como persona...

No fue sencillo. Lo reconozco.

Por primera vez sentía la presión editorial detrás y también la del lector que ya me conocía y comenzaba a pedir más. No es lo mismo escribir para mí mismo, o para tratar de enganchar a la gente que me seguía en Internet, que hacerlo sabiendo que el libro iba a llegar directamente a las librerías con ciertas expectativas.

Pero en estos años he aprendido a recibir esa presión como una motivación, no como un lastre. Cada proyecto, cada novela, cada experiencia es un reto y de esa forma lo afronto. Hay que ponerle intensidad a todo lo que uno hace y quedarse satisfecho del trabajo realizado. Luego, que guste más, o menos, va a depender de cada persona. Eso es algo que también he tenido que aceptar. Lo que le encanta a alguien, otro lo puede odiar. Y si te expones al público, debes aceptar todo tipo de opiniones. Sabía que compararían esta novela con la primera y por eso me preparé bien mentalmente para cuando saliera a la venta.

Afortunadamente, todo fue bien. Quizá mejor de lo esperado.

Os voy a confesar un secreto: *Álex* no iba a aparecer en *¿Sabes que te quiero?* De hecho, iba a desaparecer para siempre. Sin embargo, fuisteis tantos los que me comentasteis que era vuestro personaje favorito que le reservé un papel en esta segunda parte. Por eso digo que esta aventura no es solo de Blue Jeans. Es una aventura de los lectores. Sois tan importantes que incluso en vuestras manos ha estado el destino de algunos de los protagonistas.

En este libro tomé una de las decisiones más importantes para el futuro de la trilogía: darles más importancia a los personajes secundarios que aparecían en la primera

parte. Paula seguía siendo en torno a quien giraba la trama, pero creía que debía buscar historias paralelas, más determinantes, al resto de las Sugus. Sobre todo porque vosotros os sentíais identificados no solo con ella, sino también con Cris, Miriam y Diana.

Fueron los propios personajes los que me guiaron y mostraron el camino correcto, aunque suene extraño. Cuando empiezo un libro, no sé cómo va a terminar. Tampoco cómo se van a desarrollar los acontecimientos. Soy de dejarme llevar por lo que vaya sintiendo, por lo que los personajes vayan aportando a la historia. Así he funcionado hasta el momento y con el tiempo se ha convertido en mi método de trabajo. No es que me obligue a hacerlo de esta forma, sino que me sale natural. Soy consciente de que llegará el día en que deba buscar otros métodos y mezclarlos con el que utilizo. Es totalmente necesario para proseguir con mi evolución como autor.

No me enrolló más. Espero que os guste *¿Sabes que te quiero?* y que cuando lo terminéis necesitéis inmediatamente el final de la trilogía. Si consigo sacaros una sonrisa cuando cerréis el libro, me daré por satisfecho.



# Capítulo 1

*Un día de finales de junio, en un lugar de la ciudad.*

¡Riiiiiiiiiiiiing!

El ruido de la última campana es atronador, molesto, pero dulce. Muy dulce. Para algunos es el momento más esperado de todo el año. Es el sonido que llevan deseando escuchar tanto tiempo y por el que han suspirado durante meses. Sirena de libertad. De verano. De playa o de piscina para los más afortunados. Calor, bronceados, noches de estrellas y luna sin fin. ¡Vacaciones!

Tres chicas y un chico caminan tranquilamente, sonrientes, entre la jauría estudiantil que corre a coger sitio en el último autobús hasta septiembre.

—¡Qué curso más largo! Se me ha hecho eterno. Pensaba que nunca se acabaría. Tenía muchas ganas de terminar para pasar más tiempo contigo —señala la mayor del grupo mientras agarra de la cintura al joven que va a su lado. Luego acerca sus labios a los de él y se besan.

Sus amigas los observan y sonríen. Quién iba a decir que Miriam se echaría novio. Y aunque son bastante diferentes, no hacen mala pareja.

—¡Hey! Córtate un poco, ¿no? —protesta Cris, aunque sin dejar de sonreír.

El beso termina y los chicos separan sus bocas.

—Envidiosa... —responde la aludida.

—¿Envidiosa, yo? Para nada.

—¿No? Yo creo que sí. Que tienes un poquito de envidia.

—¿Envidia de ti? ¡Pero si te han quedado seis! ¡Te vas a pasar el verano estudiando! Créeme que no te tengo ni una gota de envidia.

—¡Bah! A ti también te han quedado tres. Además, no solo voy a estudiar. ¿A que no, Armando?

El chico sonrío, niega con la cabeza y se inclina de nuevo para besar a su novia. Miriam vuelve a unir sus labios con los de él, pero lo hace con los ojos abiertos, desafiante y levantando el dedo corazón a su amiga. Cristina resopla y mira hacia otro lado. Quizá sí que tiene una pizca de envidia. Armando es un cielo. Alto, guapo, amable, sensible, aunque no demasiado listo. Pero qué importa eso. Ella también le había echado el ojo hacía tiempo, aunque nunca se atrevió a decirle nada, tal vez porque realmente nunca sintió nada verdaderamente intenso por él, o porque pensó que él jamás se fijaría en ella. El caso es que desde hace cinco semanas Miriam y Armando salen juntos. Y se alegra por su amiga, claro, pero quizá no todo lo que debería.

Paula se da cuenta de la reacción de Cris y la abraza por detrás. Luego la besa cariñosamente en la mejilla.

—¿Pero de quién va a tener envidia esta niña tan guapa? Si mi Cris es la tía más buena de todo el instituto... —Y la vuelve a achuchar como si fuese una de las muñecas con las que jugaban de pequeñas.

La chica se deja hacer. Luego la mira a sus preciosos ojos color miel y sonrío. Vuelven a brillar. Esa es la Paula de siempre, la Sugus de piña. Ahora, rubia. Muy rubia. Pero divertida, espontánea, despampanante. Feliz.

Después de tres meses difíciles, por fin todo parece volver a la normalidad.

Hace calor. El sol aprieta y el verano camina deprisa. Los amigos se despiden y se citan para encuentros que nunca llegarán. Son promesas que luego no tendrán ocasión de cumplir. Parejas que se toman un tiempo, idilios que nacen, sonrisas que tropiezan con otras sonrisas y que, tal y como aparecieron, desaparecerán. Amores y engaños. Verano adolescente.

Un *bip* surge de uno de los bolsillos de la mochila fucsia de las Supernenas de Paula. Un mensaje. La chica abre la cremallera y saca el teléfono.

—Vaya, no me deja recibir el SMS. Tengo la memoria llena.

—Es que, con lo popular que eres, no me extraña. Los tíos te mandan mensajitos a todas horas —indica Miriam, que no suelta a Armando ni un instante.

—¡Si la mayoría son vuestros! —responde Paula.

—¡Y ni se te ocurra borrarlos!

Paula chasquea la lengua y busca un SMS viejo para eliminarlo. Qué fastidio. No se decide. Rastrea toda la memoria del móvil, hasta que lee uno que le vuelca el corazón:

¿Sabes que te quiero?

Un nudo se le forma en la garganta. Le cuesta tragar. Suspira. Quizá ese es el mensaje que tiene que eliminar. Suspira otra vez. Se siente mal. Pero ¿por qué? ¿No se supone que ya lo ha superado?

—¿Qué te pasa? ¿Quién te ha mandado el mensaje? —pregunta Cristina, que es ahora la que se da cuenta de que algo le sucede a su amiga.

—No lo sé, aún no he borrado ninguno. Me da pena eliminar mensajes antiguos.



Miriam le arrebató el teléfono. Mira la pantallita y contempla el SMS que ha alterado a Paula. Resopla. Recuerda perfectamente cuándo lo recibió. Ella estaba presente. Y Cris y Diana también. Fue justo al día siguiente del regreso de Paula de su viaje a París. Es el tercer SMS que le mandó Ángel en aquella lluviosa tarde de abril. Las Sugus, después de escuchar la historia de su amiga, le aconsejaron que no respondiera. Tenía que olvidarse de aquel chico, poner el punto final después de todo lo que había sucedido en Francia, terminar con aquella relación de una vez por todas. Paula obedeció con tristeza y no contestó los SMS. Era lo mejor.

¿Lo era? No lo sabía y no se sentía bien por haber guardado silencio. Pero esa fue su decisión. Aquel «¿Sabes que te quiero?» fue lo último que Paula supo de Ángel.

—Ale, ya está —dice Miriam en voz baja—. Borrado. Y te he hecho hueco eliminando otros dos. Ya puedes recibir el mensaje.

La mayor de las Sugus le vuelve a entregar a su amiga el teléfono sin mirarla a los ojos. Sabe lo que le duele recordar el pasado. Desde su cumpleaños... Borrar aquellos mensajes es lo mejor para ella.

Paula baja la mirada resignada y no dice nada. Un nuevo *bip*. Carpeta de mensajes recibidos. Resopla al ver quién se lo envía y lee lo que hay escrito.

—¿Es él? —pregunta Cris.

—Sí —responde sin demasiada emoción.

—¿Y qué quiere ahora?

—Dice que me espere, que viene a por mí.

—Quizá deberías darle una oportunidad —interviene Miriam, que sonrío a su amiga.

Paula no dice nada y mira hacia el otro lado de la calle, donde un llamativo deportivo amarillo aparca enfrente de

ellos. Los cuatro lo observan atentamente. Es uno de los coches más impresionantes que jamás han visto. De él se baja un joven rubio con el pelo ensortijado. Activa la alarma del deportivo con un pequeño mando a distancia y camina hacia el grupito, que continúa mirándole. Él sonríe y saluda con la mano, aunque sus ojos solo se fijan en Paula.

*En esos instantes, a solo unos metros de ellos, un día a finales de junio.*

—Creo que nos deberíamos ir. La campana ha tocado ya.

—Espera. Aún no he acabado contigo. Además, ahora estamos más solos todavía.

La chica lo empuja contra una de las paredes, lo agarra del cuello de la camisa y acerca la boca a su oído.

—¿O es que no quieres que siga? —susurra.

—Bueno, yo...

El chico duda un instante, pero pronto desiste y se da por vencido. La lengua de ella entra en su boca una vez más. Como desde hace una hora y pico. No han parado de besarse, abrazarse, tocarse. Y siente que ella quiere más, que necesita más. Pero no allí. Allí no.

—Para, Diana —consigue decir antes de que sus lenguas se encuentren de nuevo.

Ella no obedece y le desabrocha un botón de la camisa.

—Venga..., si te apetece tanto como a mí... —vuelve a susurrarle.

—Para, por favor.

—No quiero parar. Quiero...

—¡Para, Diana! —grita molesto, apartándola.

Mario se separa de ella, se abrocha el botón y se alisa la camisa, que está muy arrugada. Diana maldice en voz baja.

Da un pequeño saltito y se sienta sobre el lavabo. Luego se mira en el espejo.

—¿Qué pasa? ¿No soy suficientemente guapa para ti?

—No es eso y lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Vamos, Diana, no empecemos. Estamos en el cuarto de baño de chicas del instituto. ¿Crees que es el mejor lugar para...?

—Ya. ¿Y cuál es el mejor lugar para ti? Porque llevamos un mes y dos semanas saliendo, y todavía no hemos encontrado el lugar idóneo.

Mario suspira. ¿Esto no debería ser al revés? ¿No son los chicos los que normalmente presionan a las chicas para la primera vez?

—Lo siento, pero aquí no puedo. ¡Si no tenemos ni protección!

Diana resopla una vez más. Mira hacia el techo resignada y a continuación a su novio. Se pone de pie y del bolsillo trasero de sus vaqueros azules saca un preservativo.

—Sí que tenemos.

—¿Has traído un condón?! —exclama sorprendido.

—Siempre lo llevo encima.

—No me lo puedo creer...

La chica sonrío irónica y se lo guarda otra vez en el pantalón.

—¿Qué no puedes creer, Mario? Estamos saliendo. Las parejas llevan condones encima por sí... tienen alguna necesidad.

—Yo no llevo nada. Nunca he llevado uno.

La conversación no da para más. Diana no tiene ganas de seguir con aquel asunto. Se vuelve a mirar en el espejo mientras abre el grifo del agua fría. ¿No la ve sexi? ¿No es suficientemente atractiva? Al lado de Paula..., está claro

que no. Si Mario llevara saliendo con su amiga más de seis semanas, seguro que ya lo habrían hecho. Pero ella nunca será como Paula.

—¿En qué piensas? —pregunta el chico, observando su reflejo.

Diana se moja las mejillas y los ojos, que ya habían empezado a humedecerse. Luego sonrío y se gira.

—En nada. Perdona por haberte presionado.

—No te preocupes. Ya sabes que me gustas mucho, pero me gustaría que mi primera vez fuera...

La chica le pone el dedo índice en la boca y no le deja terminar la frase.

—Shhh. No digas nada. Todo está bien. Tranquilo. —Y le da un beso en la mejilla—. Tengo que..., ya sabes —dice señalando con la mirada una de las puertas cerradas del baño—. ¿Me esperas fuera?

—Vale. Y perdóname tú también a mí.

Mario acerca sus labios a los de su chica y le da un último pequeño beso antes de salir del baño. Diana observa como se va. Está sola, con ella misma, con su figura en el espejo. Sus sentimientos por aquel chico del que hace tres meses ni siquiera sabía que existía se desbordan. Le quiere. Sí, está enamorada de él. Enamoradísima. Nunca le había pasado. Le costó que aceptara salir con ella. Pero después de muchos días insistiendo con directas e indirectas, logró su objetivo. Pero eso ya no es suficiente. Quiere más. Busca más. Quiere que Mario sea suyo. Todo suyo.

¿Piensa él todavía en Paula? No lo sabe. Solo está segura de que, por mucho que haga, nunca será como ella.

Por mucho que haga..., aunque lo seguirá intentando.